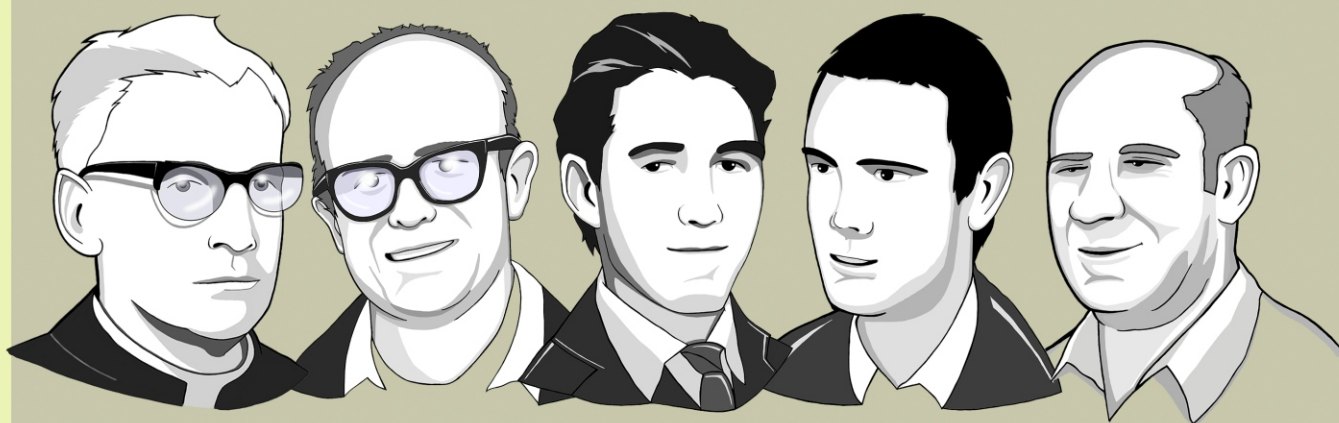


Testimonio

Leído en la misa del 6 de julio - Mercedes Luján



50 años de la entrega testimonial
de nuestros cinco hermanos palotinos

Una pequeña historia.

Cuando era un chico, y en la escuela estudiábamos historia, siempre me surgía la misma inquietud: mientras sucedían todos los hechos importantes, ¿qué pasaba con la gente de todos los días?, ¿qué opinaban?, ¿cómo lo vivían? Ésta es la razón que me mueve a escribir esta pequeña historia.

Hace cincuenta años sucedía la peor tragedia de la Iglesia en la Argentina. Yo tenía 16 años, y cursaba el cuarto año en el Colegio San Patricio de la ciudad de Mercedes. Como vivía frente a la Parroquia y al Colegio y, además, mi madre y mi abuela eran colaboradoras permanentes en los dos ámbitos, mi vida estaba profundamente ligada a la comunidad palotina.

Un domingo 4 de julio alguien trajo una noticia que sacudió mi casa:

- ¡parece que entraron en la Iglesia de Belgrano y mataron a todos!

No entendíamos lo que había sucedido. Comenzaron las llamadas a la Parroquia, pero nadie atendía. Por eso algunas personas llamaban a mi casa para preguntar. Con el correr de las horas nos fuimos enterando de algunos pormenores:

- dicen que el organista, al ver que la Iglesia estaba cerrada y nadie contestaba, se metió por una ventana y se encontró con un horror.

Luego la televisión comenzaría a dar la noticia y las especulaciones de siempre. Las primeras informaciones decían que habían sido elementos subversivos; inclusive un comunicado del Ejército así lo afirmaba. Sin embargo, la percepción inequívoca era que el crimen había sido perpetrado por los conocidos como "grupos de tareas". Pero todo era un misterio. Sabíamos que algo raro pasaba, y que sería muy difícil conocer la verdad. Por ese entonces ya teníamos idea de desapariciones y "procedimientos". El regimiento 6 de infantería Gral. Viamonte tenía su asiento en Mercedes, así que siempre de algo nos enterábamos.

A los seminaristas Salvador y Emilio no los conocíamos. Con los Padres Duffau, y Kelly no habíamos tenido mucha relación. Pero al Padre Leaden sí lo habíamos tratado bastante, ya que solía frecuentar la parroquia. Por esta razón me quedó grabada la expresión de mi madre:

- ¡cómo pueden haber hecho esto con el Padre Leaden, si era un santo!

Efectivamente, lo recuerdo como un hombre muy afable; que irradiaba paz.

Luego de los funerales realizados en Belgrano, los restos fueron trasladados a nuestra Parroquia con un operativo de los de la época. Caras raras por todos lados, y un ambiente completamente tenso.

Ese día se ubicaron los féretros delante del altar de la Iglesia, para que nuestra comunidad les diera su último adiós.

Hubo amenazas.

El Padre Andrés "bonny" Quinn, rector del colegio, decidió destacar una guardia en la Iglesia con alumnos de cuarto y quinto año. Así es que, por turnos, nos ubicamos delante de los ataúdes, en silencio y sin tener claro qué pensar.

Parecía que los días del antiguo circo romano habían regresado. Nerón había bajado su pulgar, y las fieras habían sido liberadas para hacer correr la sangre de los mártires.

La noche iba avanzando, y el desfile de personas de todo tipo se sucedía. Yo alternaba mi mirada entre la gente y los féretros. No entendía mucho, pero me sentía bien en mi lugar. Sin imaginarlo, Dios nos había puesto allí para realizar una misión. Chiquita, insignificante, pero mis compañeros y yo la asumimos con mucha responsabilidad. Más tarde me enteré de que nuestra pequeña e inofensiva guardia, habría inhibido algunas amenazas.

Recuerdo también al padre Kevin O'Neill, ex rector del colegio, (hombre de pequeña talla, de carácter firme y gran espíritu), llorando desconsoladamente y repitiendo ¿por qué?, ¿por qué?

Así pasaron las horas y terminaron los turnos.

Como todavía faltaba para culminar la noche, con un grupito de compañeros decidimos ofrecernos para extender nuestra guardia. Quizás no comprendíamos bien lo que estábamos haciendo, pero seguramente el Espíritu Santo nos había animado a tomar esa decisión. El padre Quinn accedió con gran beneplácito a nuestro ofrecimiento. Luego nos enteraríamos de que nuestro gesto había sido un motivo de mucha alegría para él, en medio de tanto dolor. Por supuesto, la semilla que venía sembrando en nosotros había dado su primer brote.

Al otro día se trasladaron los restos al cementerio. Había una multitud.

En los techos de mi casa, que daban frente a la Iglesia, se apostaron algunos personajes extraños. Según ellos, eran de la prensa. Por supuesto no lo creímos; pero por el miedo imperante, mi madre y mi abuela lo tuvieron que tolerar.

En los días posteriores el tema fue de conversación obligada. Sin embargo, a medida que los crímenes y las desapariciones comenzaron a ser cotidianos, se fue generando un acostumbamiento a estas horrendas noticias.

Pasarían varios años para que tomáramos conciencia de lo que habíamos vivido.

Hoy, cincuenta años después, me surgió la necesidad de contar esta pequeña historia con la que intento evocar lo que nos pasaba a la gente común. La historia pasa principalmente por todos nosotros, y lo que este año recordamos no fue un hecho ajeno. Los palotinos asesinados eran parte de nuestra vida cotidiana, y la consternación que vivimos ha dejado heridas profundas en nuestra comunidad.

La investigación y relato de la masacre nos brindan muchos datos precisos e invalorables. Pero la historia doméstica es la que nos conmueve efectivamente el corazón; la que alienta la memoria de las cosas pequeñas que mantienen vivos nuestros más sentidos recuerdos. En lo simple y cotidiano, se suele hallar con más frecuencia las respuestas a los misterios de Dios.

Gustavo Américo Bojorge



INSTITUTO PALLOTTI
ARGENTINA

